

# ...con las REVISTAS

## VIDA NUEVA

Núm. 235, 15 de Octubre 1960.

Otra vez los fotógrafos. Tranquilidad en la boda.

¡Queremos casarnos tranquilos! Es una idea que lanza VIDA NUEVA, la revista de la familia cristiana, en una de sus editoriales. Y es verdad. Porque el derecho al matrimonio es algo fundamental entre los derechos primordiales del hombre. Pero el acento se ha corrido sobre lo accidental, sobre el adjetivo. Y es que en este caso, a lo que creo, tendríamos que sustantivar, a fuerza de insistir, eso que nos parece secundario. Tenemos que buscar la *tranquilidad* en el sacramento del matrimonio. "Ya que nos casamos tan pocas veces en la vida, nos gustaría casarnos a gusto y en paz".

Naturalmente que todos nos quedaríamos "tranquilos" y contentos, si no tuviéramos que lamentar los hechos que dejan, en un peligroso equilibrio, esa paz que deseamos. VIDA NUEVA se ha fijado en "el dichoso asunto de los fotógrafos". Pero creo que podríamos también "retratar" otros aspectos de más profunda resonancia.

*Tranquillitas* es una bella palabra que solían usar nuestros clásicos latinos para hablarnos del mar en calma, pacífico, silencioso. Y nada encontraríamos más oportuno para prepararse al contacto con Dios en el Sacramento. Es la única forma de que El invada con su gracia hasta los últimos recodos del alma. Y resulta lastimoso que el día en que el amor de los esposos se hace sacramento, cuando Dios bendice y se entrega de una manera peculiar en la gracia específica del matrimonio, perdamos más que nunca esa cercanía cálida y misteriosa de Dios.

Porque no son sólo los fotógrafos. Se dan también otras realidades que obstaculizan más. Me refiero a toda esa organización que apenas puede encajar dignamente con la recepción de un sacramento. No porque excluyamos a Dios, sino porque lo mantenemos excesivamente alejado de esa esfera, cuyo centro le pertenece. Con un poco de más sosiego, de más tranquilidad podríamos acercarnos un poco a El y reflexionar más en esos momentos.

La verdad es —sea dicho con toda sinceridad— que no comprendo el sentido de todo ese mundo vacío, como una pompa, que hemos montado alrededor del matrimonio: el de la publicidad llamativa, el de las alfombras y el de los trajes, el del lujo sin límites, el de la postura para la foto, el del autobombo, el de los comentarios en la casa del Señor... Valdría la pena preguntarse, ¿es que se trata de representar una escena o de recibir un Sacramento?

Ya nos vamos acostumbrando también, a través de la prensa diaria, —y nos estimula, claro está, para no ser menos que don fulanito— a todo

el gasto que supone ese epilogo de fiestas y banquetes "hasta altas horas de la madrugada". Un despilfarro inútil, provocativo y escandaloso. Algo que no tiene posible convivencia con la paz y tranquilidad que nos viene de arriba, de lo alto. Porque si se tratara exclusivamente de divertirse a lo grande, sin un recuerdo para los que tienen frío y muchos hijos, y para los que no encuentran trabajo, y viven en cuevas, estaría mal. Lo que no tiene explicación es que todo eso se haga para manifestar la alegría de que Dios haya bajado a fundar un hogar y darle gracias por ello...

En fin, solamente quería decir que me gusta la idea: más tranquilidad, más sencillez en el matrimonio. La paz de Dios, como primera ilusión de esa nueva aventura. Ah, y que cuando queramos agradecerle a Dios el regalo de ese amor no les demos de comer solamente a los que no lo necesitan.

Que por lo demás, yo también creo que Dios es el Padre de toda sana y buena alegría.

*Eduardo López Azpitarte S. I.*

### CRONICA DE PARIS: «CRISTOBAL COLON» DE CLAUDEL, por Jorge Collar

*La Estafeta Literaria* (15 oct. 1960, pg. 22)

Leemos con satisfacción en esta crónica, el éxito ruidoso que está alcanzando en el Odeón el "Cristóbal Colón" de Paul Claudel. Diríase escrita la referencia por mano todavía caliente de aplaudir; tal es el entusiasmo que refleja. Desde luego, Claudel es un fuera de serie y tiene la virtud de arrebatarse a quien de verdad conecta con su espíritu por medio de su obra.

Pero este éxito significa (o debe significar) mucho más. En él oímos la decidida voz de ¡presente!, pronunciada por el buen gusto, bastante silencioso últimamente, de un público desde luego selecto.

También significa una provechosa lección (si se la aprenden, claro está) para muchos autores dramáticos de allende y aquende los Pirineos. Porque justamente se pregunta el cronista de París, con quien gustosamente dialogamos: "¿Podremos pensar en "Château en Suède" de Françoise Sagan, sin un hostezo, o en "Le Balcon" de Jean Genet, sin una náusea?".

Hay que alegrarse cordialmente por el éxito del gran dramaturgo-poeta, y sentir, no menos cordialmente, su poco "cartel" en España.

Porque en Claudel todo es aprovechable. Claudel hace bien al hombre y al católico.

Es poeta por vocación, pero poeta-apóstol que ha venido al mundo para dar testimonio: "Yo me considero como un escritor religioso y católico. Si me ha sido impuesta alguna misión, es la de llevar nuevamente a un mundo, corrompido por la duda y embrutecido por el materialismo, la idea del Gozo y del Amor, con la certeza y la fe en un Dios personal, ligado a nosotros por un contacto religioso" (Cfr. F. APARICIO "Acentos de profeta..." Razón y Fe t. 130, pg. 29).

Este acercamiento a Dios lo hace por la poesía, pero maciza, cósmica, que abraza generosamente el universo entero: "El objeto de la poesía no es... como se dice frecuentemente, los sueños, las ilusiones o las ideas. Es esta santa realidad, dada una sola vez, en el centro de la cual nos hallamos colocados. Es el universo de las cosas visibles, al que la fe añade el de las invisibles. Es todo lo que nos mira y nosotros miramos" (Posit. et Proposit. I).